



Pascua 2005
Somolinos, Sábado Santo, 26 de marzo

Una espiritualidad para nuestra época

**De la Carta pastoral de los Obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria
"Renovar nuestras comunidades cristianas". Cuaresma-Pascua, 2005**

La lectura creyente de la realidad de nuestras comunidades en medio de esta sociedad sugiere una espiritualidad adecuada a la presente coyuntura. Vamos a remitirnos a destacar algunos de sus rasgos.

1. UNA ESPIRITUALIDAD DE LA CONFIANZA, NO DEL OPTIMISMO

La radiografía del presente y las perspectivas de futuro no invitan al optimismo. No tenemos ninguna garantía revelada de que las cosas irán mejor dentro de 25 ó 40 años. Pero sí tenemos motivos para ahondar nuestra confianza en Dios domesticando nuestras ansiedades del presente y nuestros miedos del futuro.

La confianza es un actitud vital básica profundamente arraigada en el ser humano. Sin embargo, asistimos en nuestra sociedad a un debilitamiento de la confianza espontánea. La gente quiere «amarrar futuro» y, para ello, se fia más de sus esfuerzos que de la ayuda de los demás. Cuanto más programado va siendo nuestro mundo, más difícil va resultando la confianza.

El amor irrevocable de Dios Padre, la energía de la Resurrección del Señor y la actividad incesante del Espíritu en la historia son cimientos sólidos para confiar no sólo a la misericordia de Dios nuestro pasado, sino a su providencia nuestro futuro individual y comunitario.

Los tiempos presentes llevan dentro de sí una llamada especial del Señor a una acendrada confianza en Él. La meditación orante del Salmo 71 nos ayuda entre otras muchas a confortar nuestra esperanza. Podemos recitarlo en primera persona del singular y del plural *«a ti Señor me acojo, sé para mí roca de cobijo y fortaleza protectora... en tus manos encomiendo mi espíritu... yo confío en el Señor... mi destino está en tus manos... tú me mostraste tu amor en el momento del peligro... Sed fuertes y cobrad ánimo los que confiáis en el Señor»*.

2. UNA ESPIRITUALIDAD DE LA FIDELIDAD, NO DEL ÉXITO

En tiempos no tan lejanos veíamos cómo las piedras se convertían en hijos de Abrahán. Hoy contemplamos cómo muchos hijos de Abrahán se convierten en piedras. La dureza del corazón ante Dios es un fenómeno de todos los tiempos. Jesús la comprobó intensamente en su vida pública. Fue quedándose poco a poco casi solo. Su experiencia humana fue comprendiendo cada vez mejor que el Padre le pedía fidelidad, no éxito inmediato.

Hemos de sembrar mucho para recoger poco. Hemos de pedir la gracia y el gozo de la fidelidad en un tiempo de escasa fecundidad. Nos sentimos retratados en las palabras de Simón Pedro: *«Hemos estado toda la noche faenando sin pescar nada; pero, puesto que tú lo dices, echaré las redes»* (Lc 5,5). También nosotros, en su nombre, seguimos trabajando a pie de obra, conscientes de que se nos pide ante todo, fidelidad. Es decir *«un amor que resiste al desgaste del tiempo»* (Rovira Belloso).

3. UNA ESPIRITUALIDAD DE LA RESPONSABILIDAD, NO DEL CULPABILISMO

No podemos cruzarnos de brazos ante lo que buenamente podamos hacer. Vivir y testificar el Evangelio es no sólo importante; es lo más importante. Pero hemos de asumir que no somos responsables del bien que no podemos hacer ni del mal que no podemos evitar. En consecuencia hemos de eludir el *culpabilismo*. No tenemos nosotros toda la culpa, ni mucho menos, del debilitamiento de nuestras comunidades, ni de la apatía religiosa de muchos, ni del éxodo de los jóvenes. Hemos explicado ampliamente que la causa fundamental de la descristianización reside en la cultura ambiental y dominante. Ella es una corriente poderosa ante la que podemos poco. Configura el modo de pensar, de sentir y de comportarse de las personas y los grupos. Les dicta sus valores.

El culpabilismo es peligroso. Es una pócima que produce amargura interior. La tentación de escupirla sobre los demás (los padres, la escuela, el ambiente, los medios de comunicación, la Jerarquía), se vuelve casi imperiosa.

Bueno será que sosegemos esta culpabilidad con el salmo 130: *«Señor mi corazón no es ambicioso ni mis ojos altaneros. No persigo grandezas que superan mi capacidad, sino que aplaco y sosiego mis deseos como un niño en brazos de su madre. Espere Israel en el Señor ahora y siempre»*.

4. UNA ESPIRITUALIDAD DE LA ESPERANZA, NO DE LA NOSTALGIA

Las familias venidas a menos suelen sentir la tentación de la nostalgia de los tiempos de esplendor. También en nuestras comunidades hay nostalgia del pasado. La sintió Israel en los días de exilio y apretura: *«Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos a llorar acordándonos de Sión; en los álamos de las orillas colgábamos nuestras cítaras... ¿Cómo cantar al Señor una canción en tierra extranjera?»* (Salmo 137). La nostalgia produce tristeza y ésta genera pasividad. Necesitamos intactas todas nuestras fuerzas para vivir y testificar nuestra fe.

La esperanza parte de la convicción de que todas las cosas están llamadas a ser «más en el Señor». De este modo procura despertar en las personas, en los grupos, en las situaciones ese dinamismo de superación que llevan dentro de sí como un brote de la Resurrección del Señor injertado en ellos. La esperanza nos arranca de esa nostálgica y melancólica reflexión sobre el pasado personal y comunitario y nos orienta a construir con realismo el futuro posible y a preparar el futuro definitivo.

Tres nos parecen los mensajes y testimonios que la sociedad necesita recibir especialmente de nosotros: que Dios es el único Absoluto; que la dignidad de todo hombre es intangible; que hay motivos para la esperanza.

5. UNA ESPIRITUALIDAD DE LA PACIENCIA, NO DE LA PRISA

Los procesos de conversión personales y comunitarios, propios y ajenos, son lentos y laboriosos. Las contrariedades de la vida cristiana y apostólica nos exasperan con alguna frecuencia. Las prisas suelen interrumpir prematuramente los procesos, en vez de madurarlos. La paciencia espiritual y pastoral, hija de la virtud de la esperanza, nos es necesaria. *«Ved cómo el labrador aguarda el fruto precioso de la tierra esperando con paciencia las lluvias tempranas y tardías. Pues vosotros, lo mismo: tened paciencia y buen ánimo, porque la venida del Señor está próxima»* (St 5,7-8).

La paciencia cristiana no es en absoluto indiferente a lo que está mal. No se resigna a dejarlo tal cual, si tiene oportunidad de cambiarlo. Soporta con mansedumbre heridas que sufre en su persona por querer enderezar las cosas. Intenta una y otra vez mejorarlas sin desmayar en el empeño. Está preparado para esperar. Es una paciencia orante y activa.

6. UNA ESPIRITUALIDAD DEL APRECIO DE LO PEQUEÑO, NO DE LA AMBICIÓN DE LO GRANDE

El aprecio por lo pequeño no es en la espiritualidad cristiana un «premio de consolación» para cuando no podemos alcanzar «lo grande». Lo pequeño y los pequeños tienen nobleza evangélica. Así en el Evangelio las personas pobres y los medios pobres tienen una especial connaturalidad con el Reino de Dios y con sus leyes. «*Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a los sencillos*» (Mt 11,25).

La presente situación nos ha despojado de la ilusión de llevar a cabo muchas grandes realizaciones en la vida y en la acción de nuestras comunidades. Es una ocasión propicia para que redescubramos el valor de muchas realidades pequeñas que nunca debimos subestimar: la adhesión de la gente a su fe y a la práctica, la fidelidad del núcleo pastoral de una parroquia, la manera serena de asumir la enfermedad, el redespertar religioso de algunos padres con ocasión de la catequesis familiar. «Lo pequeño es hermoso» dice un refrán inglés que encierra mucha sabiduría.

7. UNA ESPIRITUALIDAD DE LA SINTONÍA, NO DE LA DISTANCIA

Dios, siempre próximo a los humanos (Hechos 17,27-28), se nos ha hecho definitivamente cercano en Jesucristo. Ha querido compartir «desde dentro» la dignidad y la servidumbre de ser hombre. La comunidad cristiana está llamada a prolongar esta cercanía del Señor en la historia. No debe, por tanto, mantener una reserva distante y recelosa, sino una profunda empatía con la sociedad. Su misión consiste, como la de Pablo, en «*hacerse todo para todos a fin de ganar siquiera a algunos*» (1 Cor 9,22).

Cuando un mundo cambia tanto y produce verdaderos estragos en la comunidad provoca fácilmente reflejos defensivos y distantes hacia él. La situación de diáspora lleva siempre consigo una sensación de «no estar del todo en casa», de extrañeza. Cuando en ese mundo se segregan criterios, costumbres, leyes, escritos, programas televisivos que contrarían intensamente nuestra sensibilidad cristiana, la extrañeza puede convertirse en distancia crónica y fría, que congela notablemente nuestra comunicación.

Una Iglesia que está muy cómoda en cualquier sociedad es una Iglesia instalada, que no sabe o no quiere ofrecer a la sociedad el servicio que le debe: ser, en muchos puntos, un polo dialéctico de corrientes hegemónicas y de poderes sociales, políticos, económicos dominantes, poniéndose del lado de los débiles. Es una Iglesia muda, complaciente, acomodaticia.

Pero una Iglesia que no se sintiera verdaderamente parte de la sociedad en la que está inscrita, que no respetara su legítima autonomía, que adoptara ante ella una actitud arrogante e incomprendible, que confundiera la claridad de la doctrina con el tono frío y duro propio de la distancia estaría descuidando un aspecto muy importante de su misión: ser «*señal e instrumento de la unidad de los hombres entre sí*» (*Lumen Gentium*, 1). La Iglesia pertenece sólo a su Señor. Y a Él sirve no sirviéndose a sí misma sino sirviendo al mundo, es decir, ofreciéndole la fe y colaborando en su humanización. La comunión dialéctica con el mundo pertenece al estatuto teológico de la Iglesia.

8. UNA ESPIRITUALIDAD DE LA SANACIÓN, NO DE LA CONDENA

Podría parecer que «*la cultura de la satisfacción*» no admite heridos. Son, sin embargo muy numerosos. Muchos porque, para vergüenza del Primer Mundo, no llegan, en el Tercer Mundo, ni siquiera al nivel de satisfacción de sus necesidades y deseos más elementales. Otros muchos porque viven «*las miserias de la abundancia*» (Mounier) y ésta no es capaz de cubrir todos los flancos de la existencia humana: la enfermedad, la muerte, el desamor de aquellos a

los que amamos, la angustia por los hijos que se tuercen, la zozobra de los inmigrantes por su suerte incierta y azarosa, el dolor de las víctimas, la prisión de seres queridos. Los humanos no somos en realidad esos seres satisfechos, capaces de resolver todos nuestros problemas. En nuestra más profunda verdad somos más precarios y desvalidos de lo que parecemos y aparentamos. Para los psicólogos somos seres fundamentalmente carentes; de tal carencia nace el deseo humano. Para los teólogos la precariedad inherente a la condición humana es signo de la contingencia de toda criatura.

Una humanidad así necesita más compasión que condena. Jesús dice a Nicodemo: «*Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de él*» (Jn 3,17). Hoy el ejercicio de la misericordia no es ni menos importante ni menos necesario que en tiempos de mayor miseria material. Algunas dolencias han desaparecido o se han mitigado para una parte de la humanidad, no para todos. Pero han aparecido nuevas dolencias. Somos una comunidad de heridos. La Iglesia ha recibido el encargo de prolongar en la historia la misión de Jesús, el Buen Samaritano. «*Sus heridas nos han curado*» (1 Pe 2,24). Los cristianos participamos al mismo tiempo de las heridas de los humanos y de la misión sanante de Jesús. También nosotros podemos sanar, incluso a través de nuestras propias heridas. Seamos más compasivos que críticos. Seamos más misericordiosos que censores. Seamos humildes para confesar nuestros pecados (St 5,16) y para acoger a los pecadores (Lc 19,1-10).

Una reflexión alumbrada entre nosotros ilumina y completa las claves espirituales requeridas para renovar nuestras comunidades. Nos invita a remodelarlas y renovarlas:

- Explorando los signos de la presencia del Espíritu en el mundo.
- Con realismo y esperanza.
- Buscando luz y fuerza en la oración.
- Conscientes de nuestras inercias.
- Apoyándonos en lo positivo que poseemos.

PREGUNTAS

Nos preparamos para vivir la noche de Pascua. Te proponemos con toda la Iglesia que te unas al pregón pascual avanzando...

- Hacia una confianza que no se confunda con el optimismo
- Buscando la fidelidad, no el éxito
- Asumiendo la responsabilidad, sin culpabilismo
- Dejando atrás la nostalgia y abriéndote a la esperanza
- Viviendo el tiempo con paciencia, sin prisa
- Apreciando lo pequeño, relativizando lo grande
- Acortando distancias, en sintonía con la gente

Escribe tu Buena Noticia de Pascua recogiendo lo intuido estos días.